

Volumen XVIII.—Junio 1.º de 1923.—Número 175.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXIII

CONTENIDO

El gran poeta del siglo de oro de España, Fray Luis de León.....	Abate A. LUGAN
¡María!.....	LUIS ENRIQUE FORERO
Propiedad del subsuelo petrolífero.....	ANTONIO ROCHA
Antonio Rocha.	
El novenario de ánimas.	NARCISO OLER
Obras completas de don Miguel Antonio Caro.	JUAN ANTONIO ZULETA
Menudencias iliterarias.	M. A. CARO
La resistencia del genio literario.....	FREDERICK E. PIERCE
Un símbolo santo.....	RAFAEL GALVIS SALAZAR
Agua maldita!.....	ONEL MARQUEZ

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Junio 1.º de 1923

EL GRAN POETA DEL SIGLO DE ORO DE ESPAÑA, FRAY LUIS DE LEON

DETENIDO CUATRO AÑOS EN LAS CÁRCELES DE LA
INQUISICIÓN

(Traducido por el doctor Francisco M. Renjifo)

(El señor abate A. Lugan, docto y fecundo polígrafo, ameno y elocuente conferencista, muy versado en la historia y en la literatura castellanas, pronunció, hace varios meses, tres conferencias en la Sala del Luxemburgo, ante la colonia de lengua española residente en París. Ha querido el señor Lugan que sus interesantes estudios aparezcan por primera vez, en nuestra modesta Revista, que le dio a conocer nuestro sabio amigo y colegial honorario doctor José Luis Perrier. Damos las gracias más efusivas al eminente sacerdote francés, y empezamos desde hoy a engalanar nuestras páginas con las primorosas conferencias sobre el príncipe de los líricos en la edad de oro de las letras castellanas).

I. EL HOMBRE

I. El medio de su niñez.

Las personalidades de originalidad y arresto de la áurea España parecen haberse dado cita en la provincia de Cuenca en Castilla, corazón de ese país como es la Isla de Francia el corazón del nuestro. Descúbranse

ahí tres regiones bien distintas: la Serranía, con sus agrias y empinadas montañas; la Alcarria, con sus colinas onduladas de suaves pendientes, y la Mancha propiamente dicha, para siempre ilustre en los fastos literarios, llanura desapacible y melancólica, caldeada en el estío por un sol abrasador. Yérguense aquí y allá en la desnudez de una colina pueblos y aldeas cuyas casas semejan montones de tierra que rompen la monotonía del suelo con sus formas cuadradas o rectangulares horadadas por agujeros sin simetría alguna, que son las puertas y ventanas.

En esas toscas mansiones nacieron y se criaron guérreros famosos como Alvaro de Luna, Diego de Valencia, y pensadores de raro vigor como Melchor Cano, Luis Molina, Gabriel Vásquez, conocidos de los que entienden en especulaciones teológicas. Cano renovó en sus *Loci theologici* el estudio de la patrología, harto descuidado por los escolásticos; construyó Molina un sistema profundo y sutil para conciliar la presciencia y el poder de Dios con la libertad y la dependencia del hombre; ingenió Vásquez curiosas teorías sobre la causalidad de los sacramentos, la naturaleza del sacrificio de la misa y la razón última de la moralidad de los actos, de que ni los protestantes ni Kant se hubieran dado por ofendidos.

Hecho curioso, los únicos reformados doctos y audaces que puedan contarse en España vieron también la luz en esa región monótona y desprovista de atractivo. Citaré a Juan y Alfonso Valdés, al doctor Constantino Ponce de la Fuente y a Juan Díaz, a quien su padre sacrificó sin piedad para castigarle de haber deshonrado su familia abrazando la herejía. Aquí el ojo avizor de Cervantes sorprendió tipos inmortales y entre todos a sus dos héroes, vivo símbolo de la Humanidad perenne en que los don Quijotes, tan escasos y tan

bienhechóres, al correr tras el ideal se granjean el escarnio y la befa, y los Sancho Panzas sin número, dañinos y tan sólo preocupados de sus mezquinos intereses, son aclamados por la turba, cuando no por sus víctimas.

¿Por qué esta tierra, más que otras de España, ha sido fértil en espíritus de tanto relieve? Lo ignoro y me guardaré de llamar en mi auxilio las teorías un tanto caedizas de Taine. Recuerdo que cuando habité en ella, en presencia de su desolación, de su desnudez y su silencio y bajo su cárdena lumbre, me decía a menudo: para hacer metafísica y llenarse la cabeza de fórmulas altruistas no hay como venir aquí. Ni los pájaros, ni los árboles, ni las flores, impiden las cabalgadas del espíritu hacia la ardua conquista de los sistemas.

Es, sin embargo, ese país de los caballeros andantes y de los caballeros de la idea el que ha dotado a España de un metafísico de verdad y de un disputador, conspicuos entre cuantos escribieron o enseñaron en ese siglo XVI, heroico y teológico, pero, sobre todo, del más grande de sus poetas, lira de las mejor organizadas que el oído y el corazón de los hombres haya escuchado y sentido vibrar. Después de esto, invocad la teoría de los medios para explicar los genios! Cierto, este altísimo poeta, en sus actos y en sus versos, deja percibir todas las características de los hombres ilustres nacidos en aquellas comarcas: una rectitud admirable y una recia e indomable energía.

Es verdad también que la villa en que vino al mundo Luis de León merecía arrullar la infancia de un poeta más que la de un metafísico y casuista familiar a Pascal, el jesuita Vásquez cuya cuna se iba a mecèr allí también. La villa se llamaba Belmonte, nombre que se le dio, nos dice en 1579 el bachiller topógrafo Pedro Gago, porque «tenía un monte de encinas corpulentas,

fácilmente accesible, encantador y tranquilo.» Luis vio allí la luz probablemente hacia las postrimerías del año 1528 (1). Su padre Lope de León y su madre Inés de Valera, sin ser de gran nobleza, gozaban de posición distinguida. No se sabe exactamente la situación de Lope en Belmonte, pero parece haber desempeñado allí un cargo importante de orden del rey. Había estudiado derecho y era abogado. Uno de sus hermanos funcionaba igualmente como abogado en Madrid, otro era profesor de derecho en Salamanca y el cuarto, clérigo tesorero de la iglesia Colegiata de Belmonte. El hijo y sobrino vivirá en cada una de estas tres ciudades; permanecerá cerca de su último tío hasta la edad de cinco o seis años, bien poco para recibir de él y del medio una influencia profunda. En el seno de su familia, con sus dos hermanos Cristóbal y Miguel, aprende a hablar, a leer y escribir. Más tarde cuando haya de componer la *Perfecta Casada*, en donde juegan tantas observaciones finas y bien vividas, se acordará de la que en Belmonte lo amamantó—pronúnciase con vigor en su libro contra las madres que no amamantan a sus hijos—(2) de la que juntó sus manecitas para la oración, dirigió sus primeros pasos y fue para él, para sus hermanos y para su padre esa «mujer fuerte, tan difícil de encontrar, como dice la Escritura, y cuyo precio es tan raro y apetecido.»

(1) Acerca del dato de su nacimiento ver la *Vida y Proceso de Fray Luis de León*, por P. A. Getino, O. P., p. 5.

(2) Téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cría a sus hijos, y que la obligación que tiene por su oficio a hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad a que los críe a sus pechos; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe....» *Perfecta Casada*. C. XVIII.

«Y a la verdad, exclama, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada, es la mujer buena; y en comparación de ella el sol mismo no luce y son oscuras las estrellas, y no sé yo joya de valor ní de loor que así levante y hermostee con claridad y resplandor a los hombres como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha» (1).

Cupo sin duda a su padre tamaña fortuna, al paso que su hijo tuvo ocasión en Belmonte, en Madrid y en Valladolid de ser testigo de la mala ventura de maridos y de padres atormentados por compañeras perezosas, esclavas del tocado, habladoras y mal humoradas. De las tales, allá en el retiro de su claustro habrá de trazar, a merced de su experiencia renovada por la memoria, acabados retratos de vivo y picante realismo (2).

De su primera juventud, lo mismo que de la de los hombres ilustres de esta época, se ignora todo. Para adivinarlo es menester conjeturar, arrancar a una palabra dicha de paso por él o por sus biógrafos, todo lo que en ella va sobreentendido. Pocos días después de su prisión en las cárceles del Santo Oficio en Valladolid, interrogado por los inquisidores acerca de los primeros años de su vida antes de hacerse religioso, respondió: «Nací en Belmonte donde me crié hasta la edad de cinco o seis años, a esta edad (1533-34) se me llevó a Madrid donde se hallaba la corte. Allí fui educado en casa de mi padre, entonces abogado de la corte; después en esta ciudad (en Valladolid donde escribe) cuando la corte se trasladó aquí, hasta la edad de catorce años. A esta edad (1542) me envió

(1) *La Perfecta Casada*. Introducción.

(2) *Ibidem*, C. III.

mi padre de Valladolid a Salamanca a estudiar el derecho canónico y, después de cuatro o cinco meses de permanencia allí (febrero de 1543), tomé el hábito de San Agustín en el monasterio de esta Orden en dicha ciudad» (1).

Hé aquí el único dato seguro acerca de este grande hombre antes de los catorce años: es poco en verdad y hay que deplorarlo. Todo me autoriza a creer que fue de la raza de los «niños sublimes.»

Hacia los seis años, pues, dejó a Belmonte por Madrid. Su padre iba a ejercer allí las funciones de «auditor de la Cancillería real» cuyas atribuciones ignoro pero a las que Luis de León debe aludir cuando nos dice de su padre que «era abogado de la corte.» En Madrid y luego en Valladolid, según su propio testimonio, fue educado en el seno de la familia. Bien se echa de ver qué formación recibiría de la perfecta casada y del buen marido el corazón de aquél en cuya virtud no osaron poner lengua sus más encarnizados enemigos, de aquél que con tanta energía se pronunciara contra el relajamiento de los religiosos.

Pero ¿quién ayudó al desarrollo de su espíritu? ¿Su padre se encargaría solo de la cultura intelectual y artística de este hijo «preferido»? ¿Compartió el intento con maestros escogidos? Cuestiones son éstas a que no es dado responder. Solamente sabemos, por un testimonio contemporáneo, que ya en Belmonte sus padres «le hacían enseñar a leer y a cantar» (2). «A cantar,» este detalle es precioso, pues permite comprender su amistad de once años con el músico Salinas y la oda divina que le dedicó: *El aire se serena...* Avezado desde entonces al ritmo y la armonía, se empicó a de-

(1) Citado por Getino, *Vida y procesos de Fray Luis de León*, p. 7. 8.

(2) Getino, *Ibid.*, p. 120.

jar satisfecho el oído en todos sus escritos así en lengua castellana como latina, en ocasiones a expensas de la claridad en el encadenamiento de la frase.

A causa de sus funciones hállase su padre en relaciones constantes con la corte, a la que sigue en sus cambios de Madrid a Valladolid. Es la hora del apogeo del poderío español: los judíos son expulsados, realizase la unidad política por la conquista de Granada y la sumisión de los *Comuneros*, la Inquisición asegura la unidad de creencia, Carlos-Quinto, rey de España, acaba de ceñir la corona imperial. Estaba Luis en Madrid cuando vino allí el conquistador de Méjico Hernán Cortés, el cual pasando cierto día cerca del emperador a tiempó que la carroza de éste se encontraba detenida, como el emperador aparentase no reconocerlo, le dijo a la cara: «Yo soy el hombre que os ha ganado más provincias que ciudades habéis heredado de vuestros mayores.» Pudo también ver allí a Fernando Pizarro, el hermano del conquistador del Perú, y a muchos personajes importantes: puede que los reparase más de una vez bajo el techo paterno viniendo a consultar sus litigios al «auditor de la Real Cancillería»

El encuentro de estos grandes hombres: guerreros, navegantes, conquistadores de mundos; el espectáculo de esa España por donde quiera triunfante, siembran en su corazón amor y admiración hacia su país, sentimientos cuya expresión se descubre aquí y allá, particularmente en la oda a Santiago (1). Pero la frecuen-

(1) En su comentario *in Abdiam*, v. 20, declara que el descubrimiento de América por los españoles ha sido anunciado en el Antiguo Testamento. No obstante agrega con melancolía: «Quamvis innumeris devictis gentibus permultisque suae ditioni additis provinciis, Hispani et imperium late propagasse et nomen suum nobilitasse et argenti et auri immensam vim domum retulisse, videri possint, tamen si ea conferantur cum aerumnis quas exantlant, utrum ii sint quibus invidere alii an quorum misereri potius

tación de la riqueza, de la gloria, de la nobleza de sangre, lo llenan más aún de un sentimiento de vacío e insuficiencia que habrá de proclamar de múltiples maneras. Acompañando a su padre penetra en los palacios, mas

No del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado,

sino más bien adivina ahí el hastío, las rivalidades, las ambiciones malsanas y asfixiantes de los que los habitan: se comprende así ese grito de su alma desengañada:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido....

Si ignorámos por quién y cómo se hizo la formación literaria de Luis de León, sabemos al menos que a la edad de catorce años estaba casi terminada. Semejante afirmación sorprenderá; es sin embargo exacta. «En Valladolid, dice, a donde mi familia se había trasladado con la corte, permanecí hasta los catorce años, edad a la que me envió mi padre a Salamanca para estudiar el derecho canónico» en la facultad en que enseñaba uno de sus tíos Francisco de León. Para ser admitido allí se exigía del estudiante una cultura latina y literaria bastante avanzada (1). Luis la perfeccionará,

debeant nemo facile statuatur. Certe si quae avarae illi apud Indos et inhumane et crudeliter plane fecerunt secum quis reputet, imminere ipsis atque adeo impendere a numine ob eas res malum aliquod magnum intelligat. Itaque lamentabitur illorum vicem potius quam prosequetur gratulatione atque plausu.»

(1) «Mandamos que ningún estudiante de gramática se haga oyente de otra facultad sin ser examinado de antemano por la persona que la Universidad tenga indicada para esto. Si ella lo aprueba y le pareciere suficientemente instruido le dará un certificado signado con su firma, en que conste que lo encuentra apto para pasar a la facultad a que quiere entrar.» *Estatutos de la Universidad*, título XXVII, n.º 1.

pero posee ya la suficiente para seguir la carrera universitaria.

II. Los grandes sucesos de su vida desde su entrada a los Agustinos hasta su muerte.

No encontrando en los estudios que hacía la paz que su alma inquieta y ya desilusionada buscaba, «desseando desde su juventud, como lo escribirá para defenderse ante los jueces de la Inquisición, servir según sus talentos a la Santa Iglesia» (1), después de cuatro meses de estadía en Salamanca, pide a los agustinos le reciban entre sus novicios en esa ciudad. No fue acaso sin reflexión el que, entre tantas órdenes entonces florecientes, escogiera la que en España y en ese medio intelectual era, entonces como hoy, fiel al espíritu de santa libertad, de alto idealismo y de humano equilibrio del inmortal doctor de Hipona (2).

Después de su noviciado, estudió de 1544 a 1546 la filosofía, estudio que abrazaba las humanidades. Hablando de su profesor de entonces, el joven Agustín Juan de Guevara, lo designa como su maestro en artes (3). De 1546 a 1550 siguió los cursos de teología en la Universidad, y tuvo por maestro, según un testimonio formal, al ilustre Melchor Cano.

Abate A. LUGAN

(Continuará).

(1) *Documentos inéditos*, t. X, p. 203.

(2) Vicente de la Fuente en su *Biografía de Luis de Castro* declara que los Agustinos de Salamanca se distinguieron siempre por su gusto por la exégesis bíblica, que «eran muy versados en las humanidades y en todo linaje de erudiciones y que conservaron esta nota distintiva hasta en la época de su dispersión.» Los agustinos Alfonso de Veracruz y Lorenzo de Villavicencio defendieron valientemente a su cohermano atacado a causa de sus famosas lecciones sobre la Vulgata,

(3) Getino.—*Ibid.*, p. 34.